

¡Quién manda en la casa soy yo!

written by Gaudium Press | 23/06/2022

([Gaudium Press](#)) Soy de la época de la “psicología de la mirada”, un recurso muy utilizado por padres y madres, creo que principalmente por ellas, en la educación de sus hijos. La mirada de una madre era una mirada que decía más que mil palabras. Y no me refiero a las miradas maternas, llenas de cariño y ternura, que también forman parte del recuerdo de muchos niños. Estoy hablando incluso de esa mirada que se nos dirigía cuando nos portamos mal, especialmente frente a extraños. Una mirada que nos desarmó, pero que enseguida nos compuso y nos hizo conjeturar sobre lo que sucedería cuando llegáramos a casa, o después de que el visitante se fuera.

Jubileo de platino de la reina Isabel II

A principios de este mes pudimos seguir por televisión e internet algunos extractos de la celebración del Jubileo de Platino de la Reina Isabel II. Un evento que reunió a autoridades del Reino Unido y de otros países, así como a una numerosa multitud. La reina, elegante y fina, como siempre, complació a todos con su sonrisa y modales propios de su realeza. Sin embargo, hubo un miembro de la familia real que, en diferentes momentos, logró llamar más la atención que ella, el príncipe Luis.

A los cuatro años, el bisnieto real, hijo menor del príncipe Guillermo y Kate Middleton, duquesa de Cambridge, parece tener muy claro quién está al mando de la casa y de la familia. En uno de los eventos, el 2 de junio, cuando la Reina apareció en el balcón del Palacio de Bunkingham, acompañada por su hijo, el Príncipe Carlos, y otros miembros de la familia real, para ver el tradicional desfile militar *Trooping the Colour*, el pequeño Luis logró sobresalir más que su bisabuela, quien, a

los 96 años, debió contenerse de quitarse los guantes y darle un buen tirón de orejas o, tal vez, una verdadera bofetada en la boca abierta.

El comportamiento del niño fue notado por la prensa y ampliamente publicitado, pero ciertamente molestó a los padres que, en las ceremonias del 4 de junio, lo dejaron castigado en casa, llevándose solo a los niños mayores. Sin embargo, al día siguiente, cuando se llevó a cabo el tan esperado Desfile Jubilar, que reunió a miles de personas, el principito volvió a escena con toda su fuerza. Esta vez, sin embargo, la bisabuela se salvó y la incomodidad solo la experimentó la madre.

Rabieta infantil

La escena en la que el niño gritaba, hacía muecas, sacaba la lengua y tapaba la boca de su madre cuando esta llamó su atención, fue filmada y se viralizó en las redes, con miles de comentarios y opiniones. Muchos lo encontraron divertido, otros atribuyeron su comportamiento al aburrimiento de la ceremonia y hubo, por supuesto, quienes criticaron a la madre, y también quienes la apoyaron, diciendo que los niños pequeños – nobles o plebeyos – son todos iguales. Una internauta dijo que sentía pena por la duquesa porque era miembro de la realeza, estaba frente a cientos de cámaras y no podía darle una bofetada al niño como lo haría una madre promedio. ¿Pero lo sería?

La rabieta del pequeño Luis se convirtió en blanco de opiniones e incluso valoraciones por parte de expertos en conducta, porque él es quien es, hijo de príncipe, nieto de príncipe y bisnieto de la reina más longeva de la historia. Pero, ¿cuántos niños se comportan así, sin que sus padres puedan controlarlos?

No tenemos forma de saber exactamente cuándo se perdió la educación y los padres perdieron el control sobre sus hijos.

Hoy, en lugar de esa mirada fija, de la época de mi madre y, por supuesto, de la propia reina de noventa años, los padres miran hacia abajo a las exigencias y rabietas de sus hijos, temerosos de ellos y avergonzados de quienes los observan.

Hasta hace unas décadas, las madres tenían un gran número de hijos y conseguían educarlos bien a todos. Hoy, el número de niños se ha reducido a uno, exageradamente, a dos, y los padres no pueden controlar a estas pequeñas bestias que, incluso antes de quedarse sin pañales, ya lo dejan claro: “¡Yo soy el que manda en esta casa!”. Al principio, los padres lo encuentran precioso, interesante, una muestra de personalidad fuerte. Poco a poco se van aburriendo, perdiendo el control y siendo dominados, hasta llegar a un punto en el que no tienen nada más que hacer.

Es muy común presenciar las famosas rabietas en tiendas o supermercados. Los padres salen con los niños y quieren que les compren todo lo que quieran. Algunos les compran, y las exigencias no hacen más que aumentar, porque es normal que los niños pongan a prueba los límites de sus padres y, si no encuentran esos límites – que necesitan mucho en su formación – aumentarán cada vez más el nivel de exigencia. más. Y los que no compran, porque no quieren o porque no pueden, tienen que enfrentarse al llanto, al grito, al berrinche y hasta a los niños rodando por el suelo, gritando como heridos de muerte.

Educar a los niños

También se ha vuelto común ver madres deplorando la maternidad, diciendo que odian ser madres. De hecho, lo que odian es no ser madre, sino no poder educar a sus hijos, al fin y al cabo, no hay nada que provoque más estrés en una persona que un hijo aburrido, exigente y maleducado. Se ha perdido la noción de jerarquía, de autoridad, y existe la falsa concepción de que los niños deben crecer libres, que debemos dejarlos hacer lo que quieran y darles todo lo que no

teníamos, para que no desarrollen traumas.

Mi vieja madre, que nunca fue torturadora ni maltratadora de sus hijos, pero que no les ahorraba una buena zurra ni un golpe cuando se pasaban de la raya, solía decir: “¡Es mejor que llore él a que lo haga yo”. Había mucha sabiduría en estas palabras, pues sabía que el dolor de una bofetada o de una zapatilla pasaría rápido y pronto el niño volvía a jugar y por lo general no repetiría el mismo arte o mal comportamiento, pues sabía que pagaría un precio por ello. En cambio, el hijo que todo lo puede, todo lo tiene y hace lo que quiere, provocará de frente las lágrimas de su madre y de su padre, cuando ya no podrán enderezar lo que creció deformado por la permisividad y el fracaso en cumplir con el deber de educar.

Educar a los niños es un deber bíblico. Y es el deber de un padre. No es de la abuela, la tía, la escuela. Es deber de un padre y de una madre, juntos, cohesionados, no desautorizándose el uno al otro, no pasándose las manos por la cabeza ante los errores. Si el padre y la madre no le muestran al niño lo que está mal, lo que está haciendo mal, y si no le enseñan cuál es la forma correcta de actuar, alguien, en algún lugar, lo hará y lo hará sin el amor y el cariño que solo tienen los padres.

Por supuesto, nadie defiende los golpes y malos tratos a los niños, pero sí una buena orientación de los mismos, la enseñanza de la disciplina, las normas, el respeto al prójimo, que empieza dentro del hogar, en la convivencia con padres y hermanos, e incluso con unas palmaditas, cuando sea necesario, que no hacen mal a nadie.

Corrección paterna

Debido a circunstancias fuera de mi control, la Providencia quiso que yo tuviera un solo hijo. Muchas veces tuve que decirle que no; algunos “no” que podrían haber sido incluso sí, si la realidad hubiera sido otra. Yo repetía mucho:

“Cuando tiene dinero, papá compra...” Nunca hizo una pataleta, nunca se tiró al piso de un pasillo de supermercado porque quería algo que yo no podía comprar. Aún hoy, mi corazón lamenta no haber podido darle algunas cosas sencillas y necesarias, para las cuales carecía de dinero. Recuerdo, por ejemplo, un día que salimos, las zapatillas estaban con un hueco, llovió y él, aún con los zapatos puestos, se empapó; o el día que no había dinero para llevarlo a la peluquería y me aventuré y corté yo mismo su cabello, lo que obligó al niño a usar una gorra durante dos meses.

Sin embargo, cuando lo miro y veo el buen hombre en el que se ha convertido, del cual estoy orgulloso, me doy cuenta de que estas cosas, aunque era difícil no tenerlas, no faltaron y fortalecieron en él un sentido de prioridad y aceptación de las imposibilidades de la vida.

No importa si eres un pequeño monarca, un hijo de una familia de clase media o un hijo de padres pobres, una buena educación es un bien invaluable, un valor que ningún dinero paga y, quien lo recibe, se puede decir bendecido.

Puede parecer que estoy exagerando ante las muecas y berrinches del principito británico, pero para mí, él es como millones de otros niños mimados y endiablados, a quienes sus padres no pueden controlar. Este es un pobre chico rico. Afortunadamente, la monarquía británica es solo pro forma, literalmente “solo una cosa para que los ingleses la vean”, ya que no sería bueno pensar que un niño tan rebelde y petulante algún día se convertiría en el rey de una gran nación.

Por Alfonso Pessoa